

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

EGLOGA TRAGICA—Por Gonzalo Zaldumbide—Casa de La Cultura—Quito, Ecuador.

En un discreto silencio, como pasaron los postreros años de su vida —apasionante y veraz— se ha ido Gonzalo Zaldumbide. Pocos escritores americanos cumplieron más ejemplarmente su labor. Sin compromisos con escuelas determinadas o con furtivas consignas políticas. Totalmente entregado a una tarea lúcida y penetrante. Sin esperar nada diferente a ese halo de la gloria que acostumbra a visitar a los verdaderos escritores cuando han traspuesto los umbrales de la sombra. Gonzalo Zaldumbide fue un intelectual curioso. Una inquietud de saber y distinguir consumió sus horas. Lentas algunas cuando buscaba un adjetivo o quería redondear un período, brillante, todo luz y armonía. Muy pocos de los escritores de su generación siguieron como él la huella de las ideas estéticas de su tiempo. Era preciso volcarse sobre Europa y su mensaje. Y tratar de continuar en estas ocres tierras de América, una labor literaria de alcurnia y dignidad. Para lo cual se necesitaba buen gusto, sentido de las normas, sensibilidad que captara y recreara motivos.

Por eso mismo, Zaldumbide, siguió atentamente el discurso de ciertas escuelas modernistas, muchas de ellas tan turgentes, evocadoras y decadentes. Ya que era tiempo de preciosismo hasta sus últimas consecuencias. No contaba el elemento humano como ahora, cuando toda literatura, incluyendo naturalmente la poesía, se ocupa del hombre, sus padecimientos, su dolor, sus inhibiciones y frustraciones. Zaldumbide tuvo como escenario de sus primeras y ardorosas estaciones líricas a París. Allí se dialogaba sobre todo lo divino en un lenguaje de abejas. Aún vagaba la sombra memoriosa de Verlaine y sus epígonos continuaban cantando una delgada melodía, larga bufanda de niebla entre los árboles centenarios. El París alacre y alucinante. El de mujeres refinadas, duelos mosqueteriles, pomos de Ronsard. Un tiempo de bohemia y fracaso de cristales. La dorada época de Darío, Francisco y Ventura García Calderón, Gómez Carrillo, Adolfo Agorio, Carlos Reyles y tantos otros.

Zaldumbide se extasiaba ante tanta opulencia lírica. Y lo deslumbró Gabriel D'Annunzio. Acerca de su obra escribió un libro llameante de imágenes, barroco, rico en colorido. Y templó su fineza y maceró sus frutos largamente. Diplomático mucho tiempo, tuvo oportunidad de cambiar ideas con escritores de diferentes lugares del mundo, ya que, en su época, los gobiernos con pocas excepciones, gustaban de enviar como representantes suyos a Francia los mejores de sus hombres de letras. Su retrato de Barbusse es sencillamente espléndido. Una biografía cálida y exaltada. Y rica de promesas y cruzadas angustias como salamandras. Ya que *El infierno*, de Barbusse, es uno de esos libros claves para interrogar el mundo de hoy, con todos sus conflictos sentimentales y sexuales, el mundo de los seres humanos cuando la angustia, el desamor, el tedio se infiltran, reptando, en la vida de la humanidad.

Egloga trágica es un relato sostenido, penetrante, analítico y desesperado de su autor. Por primera vez el psicoanálisis reemplaza al mero juego de palabras. Detrás de la máscara humana hay algo más, de hondura patética. Y es preciso encontrar una respuesta a las cosas del mundo. *Egloga trágica* es obra en la cual el autor hizo alarde de una capacidad de adjetivación maravillosa. Y el fondo de adolescencia que nos relata el autor, sus laberintos encantados, están logrados de mano maestra. Libro de amor y desesperanza. Templado al fuego y rico de melancolía, nutrido en paisajes hermosos, cornucopia viva, con sus frutos cuajados y luminosos de una luz dorada y plena.

Ahora Gonzalo Zaldumbide, el escritor, el amigo con quien compartimos veladas en Montevideo, el fino investigador de la arquitectura de muchas literaturas ha silenciado para siempre su pluma. Pero su obra está viva y es seguro que resistirá el ácido del tiempo. Sus ideas estéticas sufren un pasajero eclipse. Pero ya vendrá el momento en que brillen como luces votivas en la accidentada vida de las ideas estéticas.

* * *

LOS QUE ESPERAN Y SU IMAGEN—Por Jaime Paredes Pardo—Ediciones Tercer Mundo—Bogotá, Colombia.

Jaime Paredes Pardo continúa encantándonos con su música de organillo. Tenue llovizna que se desgaja lentamente, acariciando los seres y las cosas. Sensibilidad de cristal, hechizada ante el milagro del mundo. Y natural descendimiento hacia el mundo de los de abajo, de aquellos que vendieron en migajas su pan de esperanza. El dolor lastrado de los humildes y vencidos. Porque parecen tan hundidos en las cavas de la miseria y la frustración, tanto los niños como los ancianos de estos relatos. Paredes Pardo es hoy uno de los más certeros poetas con que cuenta Colombia. Porque si la poesía es hechizamiento y deslumbramiento, estas prosas se hallan en ese mediodía en el cual del mundo sube un himno panteísta, un retorcido silbo amoroso o una pena sollozante. Todo lo que conforma la vida de los seres pequeños, chafados por la brillante pezuña de los nuevos ricos, de aquellos que todo lo tienen y desconocen la caridad militante y ecuménica.

Lo cotidiano está aquí presente. Dura presencia y amarga cisterna penitente. La filosofía cordial del niño vencido, andrajoso, a quien le han robado su continente azul, su juguete mágico y su infancia. No todo son luces de neón, banquetes de Baltasar, espuma de encajes, perfumes y copas de alto cristal. También tenemos que descubrir una patria en la cual la miseria, el dolor, la lenta disolución de todo afecto, constituyen el común denominador. Es preciso tender la vista sobre un desolado campo de cruces y padecimientos. El hombre elemental, colmado de tenebrosas ternuras, el niño sin aro mágico y sin imágenes de amor en sus sueños, la mujer amarga y reseca; la niña sin ventana y lucero, el hombre viejo, cosido de arrugas, para quien la vida fue una derrota; el aguador sin su botijo turgente; el negro resentido, dinámico basalto inútil; el campesino roto, desolado, que alza una palabra con más trabajo que una azada. Todos aquellos que fueron olvidados, regresan en este libro cálido, turgente, pleno de poesía.

Es lástima que esta obra, nunca la llegue a conocer el pueblo. Estas finas ediciones, las maravillosas fotografías de Nereo, un poeta de la máquina de captar imágenes, no bajará al pueblo para el cual Paredes Pardo canta. Sería necesario hacer una edición de bolsillo, una especie de cartilla popular, para que así el homenaje de Paredes Pardo a los sin nombre tuviera toda su docente eficiencia.

Y más allá de la poesía de estas prosas debemos considerar la realidad, el tremendo verismo de estas estampas. Y la obligación que tiene el Estado colombiano de venir en ayuda de esas clases secularmente olvidadas. Es preciso reconocer que Paredes Pardo es un escritor con conciencia desvelada y una lúcida inteligencia gobernante.

* * *

LA POBREZA DE LA BIBLIOGRAFIA EN COLOMBIA.

Se ha escrito mucho en estos finales de diciembre de la pobreza de nuestro año bibliográfico. Como también de la *cultura*. Palabra esta que empieza a desvalorizarse como el peso colombiano. Lo cierto es que venimos repitiendo monocordemente frases manidas, estereotipadas. La cultura no puede ser una capilla cerrada, "un clan famélico que lee", según la expresión de Azorín. Para que un pueblo pueda, en verdad hablar de ella, necesita impregnarse de su levadura, fortalecerse en su verdad, alumbrarse con su resplandor. De lo contrario, vegetará en la oscuridad, ajeno al proceso intelectual de su tiempo histórico.

Escribir un libro en Colombia constituye una aventura de la inteligencia que pocas personas comparten. Compartir es participar, comulgar en ideas, alimentarse del mismo pan del espíritu. Interesarse por problemas que no son el yantar cotidiano, el humeante puchero o las viandas selectas para estómagos satisfechos y remolones. El espíritu es como la hostia que requiere seres humanos que aspiren a santificarse por el milagro y la fe. Las ideas ennoblecen a una sociedad. No importa que mu-

chas de ellas no las compartan todos sus miembros. Pero se requiere el ámbito, el trajinar, el hablar de temas y textos intelectuales, sumergiéndose en su atmósfera alucinante.

Pero está visto que ello no puede realizarse así entre nosotros. Triste es confesarlo. Se escribe un libro, se padece su creación —hijo del espíritu— y se publica después de fatigas, frustraciones, ruegos, esperanzas y desesperanzas. Muy poca gente se da por enterada del suceso. Porque vivimos corroídos por un feroz materialismo que nos asfixia. Algunas personas compran el libro y acaso pasan la vista distraídamente por uno o dos capítulos. Y después, el libro, esa criatura aleteante y confidente, va a sumarse a otros que yacen en anaqueles cubiertos de polvo honesto y silencioso. Pocas personas entran a fondo en la materia que trata la obra. Se escriben algunos elogios de circunstancias. Ya que la crítica honrada —nos consta por tener que ejercerla desde hace diez años en este *Boletín*— es incompatible con la vanidad del escritor que aspira a ser tratado como genio. Y quien se aparte de sus conceptos o de sus planteamientos líricos siquiera sea en materia leve, está expuesto a perder la amistad del intelectual sometido a entredicho.

Mientras tanto, el autor de la obra espera que esta se venda. Espera totalmente inútil. Porque las gentes no tienen tiempo para ocuparse de problemas que signifiquen cogitaciones cerebrales, remanso de biblioteca, meditación. Se vuelcan hacia todas las formas externas de la vida: Cine, televisión, estúpidas historietas cómicas, boxeo, lucha libre, y, si de pronto queda un pequeño hueco para llenar en su vida sin sobresaltos, compran una revista de esas que traen toda clase de recetas para hacer la felicidad humana, con una candidez que espanta.

El escritor colombiano carece de ámbito para sus producciones. Aún es considerado como un brujo, un hechizado o un maniático. No ejerce ninguna influencia en la marcha de la sociedad colombiana. Representa más un político de corto vuelo, hábil en la vieja y nueva tramoya electoral. Se vive con una rapidez aviónica o supersónica. Todo superficial, brillante ondulación de lo temporal, pero ninguna densidad. Es la época en que floran los nuevos ricos tan apegados a sus falsos jarrones, sus ánforas apócrifas, sus estatuillas de barro cocido, sus estéreos, pantallas de televisión, alfombras que no son propiamente de la estirpe volandera de la de Aladino.

El libro, por tanto, está arrinconado. El librero a quien se le lleva para su venta lo coloca en la vitrina unos pocos días y después... al sótano, al irremediable olvido. Y mientras tanto, el escritor tiene que afrontar la amargura de tener que cancelar el valor de la edición, acortando el pan de los hijos, con el espejismo de que más adelante, en algún recodo del camino, la gloria lo esté esperando para colocar sobre su frente un simbólico gajo de laurel estilizado.

Es preciso que los colombianos nos demos cuenta de este drama. Y en verdad pensemos en el escritor y el sitio de honor que merece en una sociedad culta. Que tanto el Estado como los particulares vean en él una noble figura de la inteligencia, un gobernante de ideas. Por tanto, no espe-

remos mucho de la abundancia bibliográfica colombiana. Y no aventuremos juicios, mientras la verdad de un amargo proceso no sea debidamente analizada.

* * *

SOLEDADES—II—Por Jorge Rojas—Poemas—Ediciones Espiral.

Leyendo estos poemas de Jorge Rojas, nos encontramos, ¡por fin...!, liberados de cierta poesía inconclusa, de voces que aspiran a ser mensaje pero no logran plenamente su cometido. En Colombia, es preciso confesarlo, existen muchos falsos poetas. Como muchos falsos estadistas, políticos, novelistas. No se trata de emborronar cuartillas ni unir racimos de palabras, muchas veces incoherentes. La poesía, no obstante la nueva Torre de Babel en que vivimos, tendrá que ser siempre, si aspira a perdurar, ritmo, equilibrio, madurez de fruto, viento pánico, voz que convoque o larga mano de sembrador que derrama la semilla providente. Es inútil que nuestros poetas o sub-poetas pretendan matricularse en escuelas de moda, que serán barridas mañana cuando un hombre desvelado quiera encontrar su propio espíritu en los ácidos viñedos de la melancolía. La Poesía es faena, sangre, testimonio. Y de pronto una luz crepuscular que desvela la rosa y nos trae el canto del ruiseñor. Un grano de luz, una colina, un valle, un atardecer y una pena y su espina. Las incoherencias, los prosaísmos, cierto vago animalismo que dijera alguien, no son poesía.

Consuela por tanto, llevar de compañero a cualquier lugar de la patria, este nuevo libro de poemas de Jorge Rojas. De una cálida madurez y de una hondura de cauce labrado. El poeta no ha desestimado el rigor de la inteligencia, la norma, la razón y la jerarquía. Siendo nuevo en su canto, mantiene la vigencia de preceptos que son calidad y no número. Porque entiende su trabajo como un padecimiento. Y una categoría intelectual. Sin que el mundo submarino de las imágenes pierda su contenido. También sin olvidar que la poesía es presencia desvelada del mundo, forma cristalina de acercarnos a Dios. Jorge Rojas es la más alta cifra de su generación. La lírica castellana se remoja y enaltece con sus cantos. Y deshecha lo artificial y vano, lo rebuscado y retórico, para crear y recrear temas de segura belleza y armonía.

Recreémonos en este poema *Brisa marina*, uno de los más puros de *Soledades* (II) :

¡Fuir! ¡La-bas fuir!

S. Mallarmé.

*Aunque sin conocerlo, lo vi tanto,
a cada trecho de la vida ansío
volver al mar los ojos asombrados,
contar sus dones, referir sus gracias,
pisar su arena con mis pies descalzos.*

*En sus múltiples actos me diluyo.
¿Qué puedo hacer, cruzado por su gozo,
sus abrazos y voces infinitos,
sino sentirme parte de su todo?*

*Evidentes en él hay tantas cosas:
cabelleras, jardines, cariátides,
y por lo mismo nada le sorprende,
ni islas, ni naufragios, ni ciudades.*

*¡Muslos y rosas! ¡Angeles y bestias!
¡Acanto sobre acanto! Aquí fundidos:
¡Repentino vitral de luz mojada
y máscaras de peces y navíos!*

*Su hechura a veces concha, a veces sorbo,
llega hasta mí perfecta en su designio,
líquido cuenco vierte entre mi lengua
su sed de continente y contenido.*

*Entonces huelo el sol, su alto racimo,
lamo, regusto, exprimo con fiel labio,
hundo mi corazón entre sus mostos,
mi torso, en el resuello del verano.*

*Me embriago de razón, de imagen pura,
de claridad del ser. Está suspensa
el ánima delante de este mundo
que tan hermosamente se le entrega.*

*¡Briznas de azul y esquirlas de diamante
rielan entre los pliegues de la brisa!
¡Redes de sal recogen raudas ondas
que parten y regresan en sí mismas!*

*¡Oh eterno trasvasarse! Crestas súbitas
que tocaron el fondo hace un instante,
van ahora cernidas por el viento
nivelando otro océano en el aire.*

*¡Qué afán de elevación tiene su abismo!
¡Qué ansia de luz su oscura fuerza!
¡Qué ejemplo, qué manera de salvarnos
conduce en la misión de su materia!*

*Gotas del éter y la mar mezcladas,
sabiamente, a mis pies hacen la espuma,
y luego adelgazándose en solo agua,
cimientan en sillares fugitivos
la tersa superficie de la playa.*

* * *